



Ciudad

La ciudad, la noche y las mujeres¹

Martha Cecilia Cedeño Pérez
Antropóloga
Universidad de Barcelona

A Luna del Mar



Cuando se habla del habitante de la ciudad y su relación con la noche y sus espacios se remite tanto a hombres como a mujeres. Sin embargo, la relación no es idéntica para ambos sexos puesto que, si bien es cierto que algunos lugares suelen ser o generar ideas de peligrosidad para los dos, siempre resultan doblemente problemáticos para la mujer. Esta situación de miedo no se origina únicamente en las características físicas de ciertos espacios asociadas a lo seguro e inseguro y traducidas en la configuración mental que se tiene de las distintas zonas

de la ciudad, sino también en la instauración de ese temor ancestral, anclado en la socialización femenina que condiciona sus tránsitos nocturnos por cualquier espacio. A ese respecto Teresa del Valle desarrolla una reflexión lúcida sobre los espacios que nos negamos por ese miedo latente que experimentamos en el espacio/tiempo de la noche, y cómo esa misma situación se transmite a la generación siguiente, y retoma las palabras de Mariasun Landa para mostrar esa privación espacial agudizada, pese a las transformaciones ocurridas en el marco de lo femenino y masculino, y, de lo público y lo privado:

Creo que me cuesta ser consciente de los espacios que me niego. Lo tengo tan asimilado- por ejemplo pasear la playa de noche sola- que me resulta difícil mencionarlo aquí [...] las mujeres deberíamos tener la libertad de movimiento que los hombres secularmente han tenido, la libertad de moverse y perderse por las calles me refiero. Me parece que en muchos casos, esta limitación está incrustada en nuestro «estar en la vida»[...]²

¹ Este artículo es una adaptación de un apartado de la tesis doctoral sobre usos y prácticas sociales en un parque público urbano del extrarradio barcelonés, elaborada en el marco del doctorado en Antropología Social, Antropología del Espacio y el Territorio, bajo la dirección del Dr. Manuel DELGADO RUIZ, Universidad de Barcelona, 2005.

² Teresa del VALLE. *Andamios para una nueva ciudad. Lecturas desde la Antropología*. Madrid: Cátedra, 1997, p. 198.

La noche se constituye así misma en el tiempo y el lugar del peligro, que se acrecienta en los espacios públicos donde se «desvanece la identidad personal para pasar a ser un mero objeto de agresión»³. Desde ese punto de vista las mujeres son los transeúntes anónimos más expuestos a la intemperie en todo el sentido de la palabra; intemperie donde los otros, los hombres, se constituyen en los potenciales agresores. El miedo femenino a trasegar ciertos espacios no deviene sólo de la configuración de éstos sino de su profunda instalación a través de mecanismos socializadores desde la misma infancia, relacionados entre otras cosas, con la separación de roles. Así, en la tradición occidental, los hombres parecían educados para ser los dueños, los amos de la calle: sus actos estaban dentro de la esfera de lo público -era el proveedor material de la familia-; y las mujeres para ser las «amas» del hogar, sus actos estaban dentro de la esfera de lo privado, lo familiar, lo cercano: la casa. Aunque en la actualidad esos esquemas se han flexibilizado, especialmente por la incursión de la mujer en el mercado de trabajo, de tal suerte que los límites entre lo público y lo privado tienden a desaparecer, a la par que las consabidas divisiones de género para su uso, todavía se advierten elementos preocupantes que reflejan cómo esa

«división (de lo privado y lo público y su relación con los géneros), consagra el punto de vista de una cultura de la exclusión política de las mujeres de los escenarios públicos, basada en la lógica dicotómica de la existen-

cia de dos espacios excluyentes y de roles de asignación por naturaleza a cada género»⁴.

Lo anterior también plantea la falacia entorno al criterio democrático y abierto de los espacios públicos, en donde supuestamente todo el mundo tiene acceso en igualdad de condiciones, puesto que por una parte, desde el principio, los obstáculos para un disfrute igualitario de la calle por parte de hombres y mujeres se constituyeron sobre la base de las supuestas diferencias (físicas e intelectuales) entre ambos y la connotación secular de lo público. «Si las calles eran para los hombres un lugar de la insinceridad y la incertidumbre, más lo iban a ser para unas mujeres a las que se atribuía no sólo una mayor debilidad muscular, sino también una endémica vulnerabilidad mental» y por la otra, ese lugar idealizado de la libertad, summun de la apertura urbanita, niega el derecho de acceso sin reservas a «los ciudadanos inferiorizados, los ciudadanos (a medias) -las mujeres, los ancianos, los niños, los jóvenes, los disidentes, los pobres, los extranjeros (ilegales)-, (quienes) sólo la podrán usar igualmente (a medias)»⁵.

Pese a que Whyte⁶, uno de los pioneros en el estudio de la vida urbana contemporánea, menciona que las aceras de las calles, por ejemplo, no son problemáticas para nadie, lo que incluiría a las mujeres, porque hay muchos

³ Teresa del VALLE. "Procesos de la memoria: cronotopos genéricos", en AREAS, Revista de Ciencias Sociales no. 19, p. 222.

⁴ Jairo MUÑOZ. "Espacio y relaciones de género. Dimensionamiento político de los espacios construidos culturalmente". www.colciencias.gov.co/seiaal/congreso

⁵ Manuel DELGADO. "La mujer de la calle: género y ambigüedad en espacios urbanos". Conferencia pronunciada en el Encuentro *El género y las políticas públicas en el tercer milenio*, Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades, Universidad de Guadalajara, 30 de noviembre de 2000, p. 7.

⁶ W. H. WHYTE. *City. Rediscovering the Center*. New York: Doubleday, 1988.



ojos desplegados allí, la verdad es que el espacio público no es un espacio feliz, neutral, pues como ya se ha sugerido, esas comarcas ponen en desventajas a las mujeres y las obligan, en determinadas ocasiones, a soportar las amenazas de violencia así como las miradas y los asaltos verbales de hombres. Setha M. Low en un trabajo comparativo sobre dos plazas de San José de Costa Rica, muestra cómo las mujeres experimentaban a menudo una sensación de intranquilidad cuando estaban solas en alguna de ellas y raramente se sentaban por largo tiempo en sus bancos, especialmente durante los días laborables y relata su experiencia de esta manera:

Cuando pregunté a una mujer que estaba sentada junto a mí si venía aquí a menudo me dio la siguiente explicación: «No, pero yo estoy descansando aquí porque mi paquete es muy pesado». Dijo que vivía en un suburbio y ahora iba a casa. «Normalmente solo vengo a la plaza el domingo» comentó ella. Yo pregunté por qué «porque hay un grupo de hombres desempleados aquí y las mujeres están usualmente trabajando o si no están trabajando, están en su casa. Los domingos es cuando las mujeres vienen a la plaza con los niños...»⁷.

Mi propia experiencia personal durante el trabajo de campo en un parque público urbano⁸ me enfrentó a situaciones incómodas como miradas focalizadas, intentos de intrusión en mi espacio privado y en ocasiones, hasta la vulneración de mi deseo de soledad y anonimato por parte de algunos varones, especialmente en esas jornadas diurnas cuando se supone que las mujeres «normales» están en su casa o trabajando fuera de ella (las primeras horas de la mañana, por ejemplo). Parece, además, que

dicha situación se acentúa si quien está en ese espacio es una fémina joven y sola que en apariencia no hace nada, sólo deambula de aquí para allá o mira desde uno de los bancos. Y, paradójicamente, de alguna manera, a veces yo también experimentaba la sensación de estar haciendo algo «raro» o como mínimo fuera de lo común. Y ello contribuyó para que, sobre todo al principio, me preocupara demasiado por buscar coartadas válidas, mecanismos visibles para que la gente, en este caso los hombres, no me tomaran por un ser ambiguo ni llamativo. Aunque era consciente que difícilmente podría pasar completamente desapercibida teniendo en cuenta ciertos atributos ya no sólo físicos sino también relacionados con mi procedencia. Esa sensación de extrañeza me acompañó hasta el último momento del trabajo de campo y afectó mi relación con el espacio pues, pese a que no iba allí por placer en el sentido de disfrutar del tiempo libre sino a hacer una labor investigativa, no pude entablar con este un diálogo fluido, horizontal, sereno, laxo. Siempre existía una tensión permanente, una suerte de expectación constante que me mantenía con «cuatro ojos». Curiosamente, hace poco, una chica joven con la que paseaba por allí me expresó que no vendría a este parque sola casi a ninguna hora porque era un lugar muy grande y con muchos rincones en donde una se podría encontrar con gente indeseable, hombres indeseables y que yo había sido muy valiente por haber estado allí tanto tiempo sola y expuesta a cualquier cosa. Los temores de mi amiga, sin embargo, me parecieron un tanto exagerados quizá porque, en el fondo, siempre estaba comparando mi experiencia en otros contextos culturales donde nuestra incursión en calles, parques, plazas y espacios abiertos en general

⁷ S.M. LOW. *On the Plaza. The Politics of Public Space and Culture*. Austin: The University of Texas Press, 2000, pp. 139-40.

⁸ *El Parc de Les Planes* situado en la ciudad de L'Hospitalet de Llobregat, considerada la segunda de Catalunya por su número de habitantes, 259.133 en el 2004 según datos del *Ajuntament de L'Hospitalet*.



La noche se constituye así misma en el tiempo y el lugar del peligro, que se acrecienta en los espacios públicos donde se «desvanece la identidad personal para pasar a ser un mero objeto de agresión».

suele ser más problemática.⁹ En el trabajo de Duneier¹⁰ sobre algunas aceras de New York hay un apunte interesante que muestra la naturaleza conflictiva de la relación género y espacio público, dada a partir de distintas connotaciones que para uno y otro sexo puede encerrar el estar o transitar por la calle. Dice, por ejemplo, que para los hombres que están en los andenes (que pueden ser vendedores de periódicos, de comida, mendigos, etc.) pese a que saben que la mujer o mujeres que pasan

por su lado están fuera de su alcance -en el sentido de la amistad, el romance o cualquier otro tipo de sociabilidad-, es común que las traten como objetos sobre las que parecen poner en juego los trucos de interacción por accidente¹¹. Esos «trucos» o «trampas» tienen como fin lograr un contacto más cercano así sea efímero y casi siempre se producen en una sola vía. Se utilizan para llamar la atención de mujeres con ciertas características físicas, por lo general jóvenes y atractivas. Estos mecanismos pueden

⁹ En julio de 2004 hice una jornada de observación en una plaza-parque de una ciudad colombiana intermedia. Quería hacer una comparación que diera pistas sobre la forma como se observa a una mujer sola en dos contextos culturales distintos. Uno situado en *L'Hospitalet de Llobregat* (Barcelona) y otro en Neiva (Colombia). Así que una mañana soleada me senté en el Parque Santander (en verdad un plaza arbolada, con jardines y bancos, situada en el corazón de la ciudad). Un lugar pequeño que también funciona como lugar de paso, como calle. Me ubiqué justo en el centro por donde cruza mucha gente y donde permanece otra de pie o sentada en los bancos, hablando y mirando. Era un hervidero de actores y actividades: vendedores de comidas, de agua, de baratijas; lustradores de zapatos, mendigos, desempleados, desplazados por la violencia; transeúntes veloces: ejecutivos, obreros, secretarías, madres... El centro mismo del escenario era, sin embargo, un lugar netamente masculino. La mayoría de los pasantes también lo eran. Las mujeres cruzaban veloces y con el bolso hacia delante y una mano encima de él, como protegiéndolo. No era un lugar cómodo para estar. De hecho yo era la única mujer allí. La presión comenzó justo antes de sentarme; los hombres que estaban en los muros pequeños que delimitan las áreas ajardinadas se quedaron mirando sin disimulo ¿A dónde va tan solita, quiere que la acompañe? Adiós, mamacita; si como camina cocina... Entre otras expresiones más explícitas que hacían alusión a ciertas partes corporales y que también lanzaban a las otras mujeres que pasaban por ahí veloces. Oídos sordos y pasos seguros. Una vez en el banco, que ya estaba ocupado en uno de sus costados por un señor mayor, comenzó el concierto de las miradas. Los que pasaban se quedaban mirándome con una expresión de extrañeza. Y algunos de los hombres que tenía al frente empezaron a observarme mientras comentaban algo entre sí. Yo no tenía ninguna coartada clara para estar allí. Sin embargo mi fachada y el manejo corporal hacían prever que no era una prostituta, ni una indigente, ni una buscona. Al menos en eso confiaba. Algo curioso es que un grupito de mujeres jóvenes que transitaba veloz por allí también se percató de mi presencia y me miró sin contemplaciones: comentarios entre sus integrantes y cierta mirada de reconvención, creo yo. Sin duda ese no era un lugar para una mujer sola como en efecto lo comprobé cuando, sin mayores preámbulos, dos de los hombres que estaban enfrente me abordaron sin miramientos: ¿Qué hace una mujer tan linda en este lugar? Dijo uno de ellos mientras se sentaba a mi lado y el otro hacía una abierta exploración visual. Nada, pensé, mientras cogí mis cosas y salí despavorida de allí... La jornada de observación duró justo media hora.

¹⁰ M. DUNEIER. *Sidewalk*. Nueva York: Farrar, Straus and Giroux, 1999, p. 216.

¹¹ DUNEIER, p. 216.



socioespaciales y que como se ha dicho, tienen como fin establecer un contacto focalizado sin contar con la voluntad de la mujer, la única afectada. Para ésta tal comportamiento masculino representa no en pocas ocasiones una vulneración de su integridad individual pues no sólo se obstruye su tránsito o paso por algún lugar sino que se violenta de manera contundente su derecho al anonimato y su condición de ser humano; se la pone en apuros enfrentándola a una situación inesperada y en la mayoría de los casos, desagradable de la cual debe salir inmune.

Así que siguiendo a Duneier esos «ojos sobre la calle», en muchas ocasiones, no significan para las mujeres un sentido de seguridad sino más bien de profunda desconfianza. Allí en la acera es imposible tener «relaciones sinceras con los hombres, por miedo a que la sinceridad sea explotada»¹², de ahí la evitación de la mirada fija, el pasar por delante de ellos como si no estuvieran allí, hacer de cuenta que no existen. Pasos seguros y oídos sordos digo en otra parte. Todo eso contribuye a reforzar en ciertas circunstancias la idea de un espacio público en donde las mujeres tenemos verdaderos proble-

mas para ser personas cualquiera, para que no se nos cosifique, no en el sentido de ser una presencia más, un cuerpo que pasa como otro, sino al contrario, un objeto sobre el que se fija la atención y al que algunos se creen con el derecho de acceder so pena de ocasionar una profunda disrupción y una falta flagrante a la integridad personal. Estos comportamientos alientan también un estereotipo donde los hombres en general y mendigos, vendedores callejeros, etc., en particular, parecen constituirse en seres peligrosos, en potenciales enemigos para un disfrute igualitario de la mujer de los espacios públicos. Esa problemática, no obstante, encierra también otras cuestiones que hablan sobre las formas de coerción, sobre la movilidad, sobre los apuros a los que nos enfrentamos las mujeres en los ambientes urbanos y que Teresa del Valle perfila de la siguiente manera:

mas para ser personas cualquiera, para que no se nos cosifique, no en el sentido de ser una presencia más, un cuerpo que pasa como otro, sino al contrario, un objeto sobre el que se fija la atención y al que algunos se creen con el derecho de acceder so pena de ocasionar una profunda disrupción y una falta flagrante a la integridad personal. Estos comportamientos alientan también un estereotipo donde los hombres en general y mendigos, vendedores callejeros, etc., en particular, parecen constituirse en seres peligrosos, en potenciales enemigos para un disfrute igualitario de la mujer de los espacios públicos. Esa problemática, no obstante, encierra también otras cuestiones que hablan sobre las formas de coerción, sobre la movilidad, sobre los apuros a los que nos enfrentamos las mujeres en los ambientes urbanos y que Teresa del Valle perfila de la siguiente manera:

En la ciudad se dan manifestaciones de la imposición que traducimos por violencia en relación a la vida, movilidad de las mujeres, imagen que se proyecta. Aparece de forma pública, breve, directa o indirectamente en los anuncios, carteles, pintadas; en la inseguridad a que están expuestas niñas, mujeres en ciertos lugares y a ciertas horas; en los comentarios jocosos, el mal llamado piropo ya sea de forma individual o colectiva. La inseguridad que experimentan las mujeres incide negativamente en la amplitud de su movilidad y del espacio que pueden recorrer. En muchos casos, las mujeres, por miedo de que puedan ser atacadas, limitan las horas de su salida así como sus recorridos evitando los lugares en solitario o mal iluminados. Cuando lo hacen experimentan la ansiedad y el miedo. Hay casos en que evitan los viajes en transporte público¹³.

¹² DUNEIER

¹³ VALLE, *Andamios para una nueva ciudad...*, p. 233.

Lo dicho hasta aquí se relaciona con la creación y mantenimiento de las relaciones de género que en los espacios públicos y semipúblicos de recreo adoptan, al decir de Linda McDowell, formas características. Relaciones que a nivel general son también más confusas y complicadas de lo que a veces se ha querido admitir, porque, entre otras cosas, existen muchas actividades que desmienten la consabida asociación de lo femenino con lo íntimo, y de lo masculino con lo público. Si bien es cierto que allí se puede comprobar las relaciones entre lo público y lo privado y el género que de alguna manera parten de una «profunda identificación de la mujer con la casa y los espacios interiores del mundo doméstico» que ha llevado a la investigación feminista de los lugares públicos (desde la antropología, la geografía y la sociología) a centrarse con frecuencia en los problemas y peligros que la mujer debe afrontar en el mundo exterior dando origen a un corpus literario bastante amplio sobre el miedo, la angustia, el peligro físico, el acoso, las agresiones en las calles y en los espacios abiertos. También lo es, de manera paradójica, que estos espacios urbanos han supuesto para las mujeres, pese a todos los obstáculos, una posibilidad de liberación del dominio masculino y de las normas burguesas de la sociedad moderna¹⁴. En ese sentido los espacios públicos y semipúblicos representan también para las féminas una opción para salir de los marcos del mundo doméstico, la posibilidad de disfrutar de una relativa libertad individual. En determinadas circunstancias esos espacios se constituyen en los únicos intersticios por donde es posible escaparse de una cotidianidad que no ofrece mayores perspectivas. En la ciudad,

sobre todo en aquellas grandes, las mujeres y demás seres estigmatizados pueden encontrar hendiduras en donde, al menos temporalmente, tienen la opción de disfrutar de una cierta amplitud de movimientos y de acciones.

Esta matización sirve para dejar claros algunos elementos. En primer lugar se reconoce que, en efecto, la relación género espacio público continúa presentando formas problemáticas en lo que respecta a la mujer y su posibilidad de un disfrute igualitario y sin sobresaltos de cualquier espacio abierto. Y en segundo término, que esa relación no es simple ni llana sino que ofrece otras dimensiones ligadas a cambios en las perspectivas de lo femenino y lo masculino, a circunstancias que atenúan o perfilan nuevas interpretaciones de ocupación espacial. Desde esa óptica, se podría pensar que dicha relación no es estática sino dinámica y se transforma en la medida en que lo hacen también los contextos socioculturales mayores, o más bien, por ello. Y por otra parte, también cabría decir que no sólo las mujeres tienen inconvenientes a la hora de transitar, pasar, ocupar, estar en el espacio público pues como se ha venido esbozando

Hay todo un conjunto de individuo y grupos sociales concretos que quedan fuera del espectro más amplio de acceso a los espacios públicos, bien por su actitud transgresora o su negativa a reconocer los derechos de los demás, bien porque se supone que necesitan protegerse del trasiego de la vida pública. A las mujeres se las



¹⁴ Linda McDOWELL. *Género, identidad y lugar. Un estudio de las geografías feministas*, Madrid: Cátedra, 2000, p. 221.

ha excluido, y se las continúa excluyendo, con la excusa de que pertenecen al último grupo¹⁵.

¿Cómo viven las mujeres un escenario nocturno? Desde la propia experiencia como observadora-ocupante de un parque público concreto -*el Parc de Les Planes*-, se podría decir que a partir de las vivencias de la incertidumbre no solamente a ocuparlo y trasegarlo sola (cosa que pocas mujeres harían) sino en compañía de otra persona. Si se parte del hecho de que cualquier lugar de esa naturaleza puede constituirse en una frontera durante la noche, se entiende que la circulación de personas será mínima, como sucedería con ciertas calles de la ciudad que presentan características inquietantes. Y si a esta disminución de uso general se añade la «vulnerabilidad» y el temor, infundado o no, de las mujeres, se infiere su poca presencia en esta clase de espacio en las franjas horarias tardías. Por ello así se vaya acompañada, seguramente siempre se oirá decir: «Es mejor que nos marchemos; no lo digo por mí, sino por ti... Cualquiera puede aparecer por ahí y yo me puedo defender pero tú...»

Si bien es cierto que los paseos nocturnos en solitario son todavía casi imposibles para las mujeres, también lo es que en determinadas circunstancias se experimentan los mismos temores a pasar o estar de día en según qué lugar llámese calle, parque, plaza no sólo en donde no hay suficientes ojos sino donde hay demasiados. Me parece interesante traer a colación la reflexión acerca de caminar por un ciudad como Bogotá enunciada por Florence Thomas, una experiencia irrealizable

«cuando uno tiene cuerpo de mujer, cara de mujer, cartera al hombro, minifalda o falda

hindú y boca pintada, es un imposible, a menos de estar acompañada de un hombre, o mejor de dos, obligadas así a reconfirmar los viejos estereotipos patriarcales. Bogotá nos niega el paseo solitario, el encuentro sensual con ella[...]»¹⁶.

Y si de día esos tránsitos femeninos son como mínimo problemáticos de noche son, en verdad, imposibles porque:

Justo cuando las mujeres iban a poder recuperar la rumba, la salsa, el bolero, el ron cubano y el aguardiente, Bogotá nos prohíbe la noche. Para nosotras, adentrarnos en la noche solas, conocer la noche, sentir su tiempo tan distinto del tiempo diurno, sus olores, sus sabores, su permisividad y la libertad que connota, sin ser brujas o putas, es algo que los hombres difícilmente pueden entender, porque la noche y sus aventuras siempre les pertenecieron. Y sé que me lo van a discutir. Sé que me van a decir que hoy por hoy el problema es el mismo para los hombres. Pues les cuento que no es cierto (y aun si lo fuera no sería ningún argumento). Nuestro cuerpo, nuestra sexualidad, desafortunadamente tienen una historia, una triste historia de apropiación por parte de los hombres. Nuestro cuerpo ha sido el lugar por excelencia del poder patriarcal[...]»¹⁷

En el caso del parque en estudio algunas mujeres -madres y jubiladas- con las que se habló respecto a sus visitas diurnas y nocturnas a ese lugar siempre manifiestan lo mismo: de día no hay problema porque hay mucha luz y se puede ver pero de noche no se atreverían ni a cruzarlo, mucho menos solas. En cambio, algunas chicas me dijeron que sí habían pasado o estado allí en horas tardías pero no solas sino con un grupo de amigos y especialmente

¹⁵ McDOWELL, p. 222.

¹⁶ Florence THOMAS. "Pensar la ciudad para que ella nos piense... Una mirada femenina sobre la ciudad", en *Pensar la ciudad*, Fabio GIRALDO y Fernando VIVIESCAS (compiladores), Bogotá: TM Editores, 1998, p. 412.

¹⁷ THOMAS, p. 413.

durante el buen tiempo. En ambos casos la causa que exponen para no visitarlo solas de noche es el temor, el miedo a lo que pueda ocurrir en una comarca de relativa extensión y con muchos recovecos. La oscuridad de los espacios, la falta de visibilidad hace que cualquier movimiento por inocente que sea adquiera una nueva significación. Pero ese miedo no sólo se evidencia en los recorridos nocturnos pues algunas mujeres expresaron que durante el día también sentían cierto resquemor a estar completamente solas, por mucho rato, en lugares no muy visibles. El miedo al abordaje indeseado, a los maleantes, a los exhibicionistas o a cualquier otro fenómeno que ponga en juego su integridad personal, son algunas de las cuestiones a las que las mujeres temen en ese lugar demasiado abierto para unas cosas y demasiado cerrado y clandestino para otras.

La sensación de peligro asociada a la noche y a la falta de visibilidad en general se acentúa y refleja en los testimonios e historias, reales o no, relatados por algunas personas. Allí hablan de agresiones, de temores, cuyo trasfondo parece comprenderse en las situaciones relacionadas con el papel de la mujer en el escenario público; pero también, más ampliamente, con el papel de los seres considerados débiles, vulnerables o inferiores. En la mayoría de los casos

las historias que pueblan las conversaciones de algunas personas hablan de cómo los hombres se convierten en los agresores más latentes y evidentes en ciertos espacios públicos. Ellos son, como lo muestran las estadísticas de criminalidad, los principales agentes de la violencia contra las mujeres. Por eso, cuando empieza a caer la noche, las ocupantes del parque o de cualquier espacio público de naturaleza semejante, sean mayores o no, marchan a sus casas, sobre todo si están solas.

Esto significa que pese a la apertura femenina a ciertos espacios públicos, a transitarlos y ocuparlos con relativa intensidad, aún persiste una frontera importante que obstaculiza una vivencia libre de los mismos: la noche, no ya como atmósfera productora de miedo, sino como realidad inquietante donde se puede ser más vulnerable, más frágil hacia las agresiones, casi siempre de orden sexual, provocadas por los hombres. Es evidente, entonces, como lo enuncia Teresa del Valle que, en términos generales, la ciudad se percibe por zonas que a su vez atraen o causan rechazo. Por un lado, se habla de la importancia de la luz y de los espacios abiertos, pero por otro lado, esos mismos espacios como los paseos y los parques son los que más atemorizan, a veces durante el día y más cuando descende la luz y las luces no

El poco uso nocturno femenino de cualquier lugar espacio público indica además de una posición de indefensión corporal ligada a la noche y a las percepciones que produce una conexión destacada entre seguridad diseño.



proporcionan la claridad necesaria para que toda la acción quede al descubierto¹⁸.

Así que, en resumidas cuentas, durante la noche el parque, como cualquier otro espacio público similar, representa para las mujeres un escenario inaccesible en todos los sentidos. Se constituye en una frontera que obstaculiza cualquier tipo de tránsito y ocupación. Es un espacio negado, satanizado, que se impregna también con los temores, los miedos, las sensaciones relacionadas con la peligrosidad de sus ambientes escondidos, opacos y carentes de visibilidad. Es más que una metáfora de la exclusión. Representa la geografía y la atmósfera del miedo que parece difuminar a veces los avances femeninos en el disfrute del espacio público y que podrían también aludir a la imposibilidad de acceder efectivamente a la vida pública en general.

Tendré que comenzar a contar que les tengo miedo de noche, cuando estoy en la calle sola, y que ese sentimiento destroza lo que, de día, estaba ilusionada con haber ganado: emancipación, seguridad de mi misma, control sobre mi misma; que la noche es mi viaje en el tiempo en el que reencuentro el mismo miedo que de todas las mujeres que me han precedido; entonces me doy cuenta de lo terriblemente frágil que es todavía mi historia. Por la noche, cuando los hombres devienen sólo hombres y las mujeres devienen sólo mujeres, se me revela el último sentido, quizá el más profundo, de la relación entre los sexos que pertenece a nuestra cultura¹⁹.

No es mi intención ahondar aquí sobre la compleja relación género-espacio público, de la que, por otra parte, existe ahora una amplia literatura, sino mostrar cómo su complejidad se advierte en la forma como las mujeres usan (o mejor, no usan) un parque o cualquier lugar espacio público semejante durante las horas de la noche. La no ocupación de ese escenario se explica en los temores femeninos hacia el lugar y el tiempo de la noche, cronotopo, para usar un término de Teresa del Valle²⁰, del miedo que encarna las dificultades reales que las mujeres tenemos para ocupar, transitar, pasar, por lugares abiertos y desolados en horas tardías. La oscuridad en este caso se erige como mecanismo de coacción que muestra una conexión entre cuerpo, diseño y espacio.

No cabe duda que, en efecto, algunos lugares nocturnos son problemáticos para cualquier persona, no obstante, hay unos matices que me parecen importantes de resaltar puesto que podrían señalar dimensiones distintas para uno y otro sexo. Durante mis observaciones y principalmente en los diálogos informales que sostuve con algunas mujeres y hombres pude notar ciertos elementos diferenciadores que por demás ya han sido evidenciados. Cuando les pregunté acerca de la noche en el parque y si lo ocupaban o no y las razones de ello, las unas y los otros coincidían en afirmar que en efecto experimentaban temor a ocupar ese escenario en horas tardías pero las razones de esos temores eran distintos²¹. Las mujeres sentían miedo a que se les agrediera físicamente, a que su cuer-

¹⁸ VALLE, *Andamios para una nueva ciudad...* p. 188.

¹⁹ Alexandra BOCCHETTI en Teresa del VALLE, "Procesos de la memoria: cronotopos genéricos"... p. 220.

²⁰ VALLE, p. 126 y siguientes.

²¹ Habría que matizar que ese miedo a transitar o estar en cualquier espacio público nocturno por temor a ser agredidas por parte de los hombres es, en alguna medida, sino infundado si una prolongación de lo que ocurre en el reino doméstico. No es un secreto para nadie que en nuestro medio hay una alta tasa de muertes femeninas a manos de sus parejas, maridos, novios, etc., que ocurren casi siempre, literalmente, en las cuatro paredes de la casa. Como tampoco lo es que en ese mismo contexto de la familia y los conocidos es donde se cometen agresiones de todo tipo contra los niños y niñas. Sobre el problema de la violencia doméstica se puede encontrar un análisis interesante en María Jesús IZQUIERDO. *El malestar en la desigualdad*. Madrid: Cátedra, 1998.

po fuera violentado. Temían a ese animal público, nunca mejor dicho, que se agazapa en las sombras, en los rincones, en las esquinas, en los umbrales... y que parece conocer como nadie los vericuetos de los espacios y la noche. Y los hombres a los asaltos, al robo, es decir, a que se atentara contra sus objetos personales y lo que de ello pudiera resultar: ser heridos con cualquier tipo de arma. En ambos casos, en efecto, el cuerpo es el objeto de agresión, un objeto por demás frágil y vulnerable en ciertas circunstancias. No obstante es evidente una diferencia: en el caso de la mujer su cuerpo parece ser el fin primero, inmediato, aquí la agresión corporal no sería la consecuencia de una negativa, aunque también puede serlo, sino la causa misma: se va a por él; mientras que en el caso del hombre la agresión física podría ser la consecuencia de una negativa, el oponer resistencia a un delito contra su propiedad privada.

En esas circunstancias, el poco uso nocturno femenino de cualquier lugar espacio público indica además de una posición de indefensión corporal ligada a la noche y a las percepciones que produce una conexión destacada entre seguridad diseño. Es innegable que las mujeres nos sentimos más seguras en lugares visibles, bien iluminados, que reflejen fluidez y transparencia y una disposición adecuada de los elementos materiales que los conforman. En ese sentido y de manera global, el diseño opera como un factor que si bien no es determinante, como se ha visto en otro apartado, sí puede inducir a un mayor o menor uso. Y en esa medida es pertinente admitir que todavía hoy el diseño de los distintos espacios urbanos en la mayoría de los casos está en manos de los hombres. No pretendo discutir sobre este aspecto pero sí resaltar por ejemplo, ese

predominio masculino en la arquitectura a través del tiempo; de hecho si consideramos quién o quiénes han sido los diseñadores de las construcciones más emblemáticas de las grandes ciudades nos encontraremos con nombres masculinos. En cualquier caso es indudable que como bien lo advirtiera Michel Foucault, en su trabajo sobre la prisión, la arquitectura contribuye sobremanera para la dominación de un grupo sobre otros, de unos individuos sobre otros, codificando sus desiguales relaciones en el espacio de tal manera que permite la vigilancia y el control del cuerpo²². Esto implica que en el diseño de los espacios públicos está implícita la mirada de quien lo concibe. Y en nuestro medio es claro que el entorno construido es, en su mayor parte, obra de una subjetividad blanca y masculina.

En el caso de un parque público cualquiera merece la pena considerar ciertos aspectos que podrían ser también problemáticos para la ocupación nocturna no sólo de mujeres sino de todo tipo de persona. La existencia de microambientes encerrados ya sea por un tejido de árboles o por muros bajos que si bien de día producen atmósferas de tranquilidad y cierta privacidad, de noche se convierten en verdaderas «trampas»; la escasa iluminación de los senderos secundarios cuyos focos están a ras del suelo; la falta de rampas y caminos llanos que permitan los desplazamientos fluidos; la existencia de zonas intersticiales donde se pueden esconder agentes conflictivos... en fin, a simple vista da la impresión de que ha sido concebido pensando netamente en una ocupación diurna y sobre todo para unos usuarios «normales» que puedan desplazarse por si mismos sin complicaciones. Ello implica que los minusválidos, ancianos con problemas para caminar y las

²² Michel FOUCAULT. *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Madrid: Siglo XXI, 1979.

mujeres con cochecitos no pueden acceder a todos los lugares con facilidad. Lo dicho hasta aquí no pretende generalizar, no obstante me interesa dejar claro que pese a que cada vez se piensa más en esa población «invisible», a la hora de diseñar los espacios aun se siguen ignorando efectivamente sus necesidades vitales²³. En este sentido me parece pertinente traer a colación las palabras de una arquitecta que apunta hacia esos factores que hacen la diferencia entre un diseño grandilocuente y otro que da prioridad a los detalles, a la funcionalidad de los elementos para que cumplan con su cometido básico: permitir el uso, ser usados por cualquiera:

La arquitecta que diseña un parque con desniveles se acordará de incorporar rampas para salvar estos desniveles; cuando diseña la iluminación de una calle o de un parque, sabrá que el nivel de iluminación de un recorrido tiene una relación directa con su seguridad; sabrá que el tamaño de una acera permite o no su uso; sabrá que un parque urbano tiene que tener zonas de estancia al sol y a la sombra según las estaciones; sabrá que si el parque tienen un recinto cerrado, los niños disfrutan de mayor libertad de movimiento en su interior; sabrá que hacen falta zonas de tierra y zonas pavimentadas [...] Además de reflejar en sus diseños la diversidad de su experiencia, las arquitectas son más atentas al detalle y a la solución de

pequeños problemas concretos que a la formalización de esquemas abstractos; a menudo rechazan la grandilocuencia de un discurso formal hueco y no temen realizar un diseño humilde pegado al terreno, que no atraerá la atención de la crítica especializada, pero que responderá a unas necesidades vitales a menudo ignoradas²⁴.

Sea como fuere, queda claro, entonces, que traspasar los umbrales de la casa para navegar por la ciudad es complejo. Significa desplazarse a través de un terreno problemático en donde las mujeres todavía no tenemos plenas garantías. Y en ese proceso es determinante una dimensión que parece cruzar el mundo femenino: la visibilidad. Salir del hogar, cuadrícula de lo íntimo y lo privado, significa no sólo pasar de dentro a fuera sino ante todo, «aparecer», nunca mejor dicho, en el proscenio de la acción: ser visibles. Y ello entraña necesariamente pensar en un trasiego más allá de la mera experiencia física por un lugar, es decir, de adentrarse en él y recorrerlo, -cosa que, por otra parte, parece obvia si consideramos que en teoría el espacio público es por naturaleza accesible a todos y todas-; implica nuestra efectiva introducción en la esfera de la vida pública, esto es, en el escenario donde se debaten los asuntos de poder, allí donde se toman las decisiones más «importantes» y trascendentales. La visibilidad más que un

²³ En las jornadas sobre urbanismo y género llevadas a cabo en Barcelona del 27 al 29 de abril de 2005 pensadas para incorporar la visión de género al diseño y construcción de la ciudad, se llegaron a conclusiones que recalcan sobre la necesidad de resignificar el urbanismo establecido para integrar temas y necesidades que atiendan a las nuevas pautas sociales en transición hacia una sociedad más compleja. Y en esa perspectiva impulsar procesos participativos, con presupuestos permanentes, que aporten el conocimiento real sobre la vida cotidiana de las mujeres y de otros grupos poco visibles socialmente, sus necesidades y sus conocimientos como usuarias intensivas de la ciudad. Allí también se reconoce la ausencia crónica de las mujeres en la historia, en la toma de decisiones y también en el diseño y gestión de la ciudad y se recalca sobre su posición de desventaja y la de otros grupos marginados y excluidos del ámbito público. Por ello asumen la urgencia de replantear el urbanismo en toda su complejidad con el trabajo de grupos pluridisciplinarios que integren los saberes de las ciencias sociales y de otras aportaciones a los procesos de proyecto y planificación urbanística a todas las escalas y por supuesto, advierten sobre la necesaria incorporación de las mujeres en todos ese proceso de re-elaboración urbana.

²⁴ Geneviève CHRISTOFF. "Percepción, diseño y gestión de ciudad", en el portal *La mujer construye*. www.lamujerconstruye.org/actividades/es/otrosarticulos

requisito físico para el desplazamiento y estadía en un lugar público se antoja como una condición para ser, causa y efecto al mismo tiempo. Y decir esto es reconocer nuestra invisibilidad en esos escenarios mayores, pues, pese al mejoramiento de ciertas condiciones, las mujeres todavía permanecemos en la penumbra de la vida pública en general. La visibilidad entonces se convierte en una metáfora que representaría ante todo una relación de horizontalidad en las relaciones ya no sólo de género sino en todas las esferas de la actividad social y ello implicaría, por supuesto, una noción de igualdad encarnada en la práctica efectiva, es decir, real. Los límites para los tránsitos femeninos en el espacio público, cualquiera sea su procedencia, son una pequeña parte de una problemática mayor vinculada a las políticas sistemáticas de exclusión. En ese sentido se podría decir que operan como una sinécdoque en cuanto la materia de los que están hechos no es otra que la de la desigualdad y la discriminación. Sólo muestran la parte de un todo más profundo y complejo. Así que el miedo instaurado e instalado en el mundo femenino deja de ser una consecuencia y se convierte en uno de los instrumentos mediante el cual se perpetúa un *statu quo*, la situación de invisibilidad de las mujeres, ausentes de la historia, de la política, del diseño y construcción de la ciudad, por ejemplo²⁵. **hU**



²⁵ A. KAPLAN señala en un importante trabajo que las mujeres, al haber estado relegadas a la ausencia, al silencio y a la marginalidad, han quedado relegadas también, en cierto modo, a los márgenes del discurso histórico, o incluso a una posición totalmente ajena a la historia (y a la cultura) definida como la historia de los hombres de raza blanca (normalmente burgueses)». Véase E. Ann KAPLAN. *Las mujeres y el cine*. Madrid: Cátedra, 1998, p. 17.